

Homilía en la Vigilia Pascual.

La Paz de Cristo en el Reino de Cristo

Sábado 4 de abril de 2026

Catedral de San Bernardo

1. Queridos hermanos y hermanas, esta noche es distinta a todas las demás. Es la noche más importante del año, porque celebramos algo que cambió la historia para siempre: Jesucristo ha resucitado. No es un recuerdo bonito ni una idea simbólica. Es un hecho real: **Jesús, que murió en la cruz, volvió a la vida para siempre, como anuncian los Evangelios: “No está aquí, ha resucitado”** (Lc 24,6).

2. Para comprender la Resurrección, debemos entender primero algo importante: la muerte es un mal. Dios no creó al hombre para morir. La muerte entró en el mundo a causa del pecado: “Dios no hizo la muerte” (Sab 1,13). Por eso, la muerte es una herida profunda de la humanidad. San Agustín lo enseña con estas palabras: “La muerte no es obra de la naturaleza, sino castigo del pecado.” (De civitate Dei, XIII,2)

3. En este contexto entendemos qué significa resucitar. **No es volver a la vida de antes, sino pasar a una vida nueva, definitiva, que ya no muere. “Cristo, una vez resucitado... ya no muere más”** (Rom 6,9). Y como dice San Agustín: “Cristo murió para destruir la muerte, y resucitó para darnos la vida” (Sermón 261).

4. Por eso, la Resurrección es decisiva: **nos enseña que la muerte no tiene la última palabra, que el mal no vence y que Dios cumple siempre sus promesas.** “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe” (1 Cor 15,14). Pero Cristo sí ha resucitado. San Juan Crisostomo proclama: “Cristo ha resucitado y la vida reina” (Homilía pascual).

5. Y, sin embargo, al mirar el mundo, podríamos preguntarnos: si Cristo ha resucitado, ¿por qué no hay paz? ¿Por qué seguimos viendo guerras, violencia, odio? **Vivimos tiempos de gran tensión entre los pueblos, con conflictos que hacen temer incluso una guerra de alcance mayor. Estamos en un mundo que se está acostumbrando a vivir en guerras, violencias y atropellos de la dignidad de las personas, especialmente los inocentes.** La Resurrección de Cristo no elimina automáticamente el mal del mundo, porque Dios respeta la libertad del hombre. **El Señor no impone la paz: la ofrece como don de su gracia. Pero hemos de aceptarla. Pidamos para que los que dirigen el mundo acepten la Paz de Cristo, la Luz del Resucitado.**

6. **Cuando Jesús resucitado se aparece a sus discípulos, no transforma de golpe el mundo exterior, sino que entra en el corazón de los suyos y les dice: “La paz esté con ustedes”** (Jn 20,19). La paz de Cristo no es primero ausencia de guerra, sino presencia de Dios en el corazón del hombre. Es una paz que comienza dentro y desde allí puede transformar el mundo, la relaciones familiares, sociales y mundiales. No hay paz en el mundo porque no reconocemos al Señor resucitado. Cuando lo hagamos llegará la paz de Cristo en el Reino de Cristo.

7. Quienes proclamamos que Cristo ha resucitado no podemos vivir como si la muerte y el odio tuvieran la última palabra. **Creer en la Resurrección significa afirmar que el amor ha vencido definitivamente al mal, y por eso implica un compromiso concreto: rechazar la violencia, el odio y el uso de las armas entre los hombres.** No es coherente

anunciar a Cristo vivo y, al mismo tiempo, alimentar la división o justificar la destrucción del otro. **Como ha recordado el Papa León XIV, estamos llamados a “custodiar lo humano, incluso en medio de las tensiones y conflictos”, y a ser artesanos de comunión y de paz** (cf. Discurso al Cuerpo Diplomático, 9 enero 2026). La paz de Cristo – como hemos señalado - comienza en el corazón del creyente, pero está llamada a hacerse visible en nuestras relaciones, en nuestras decisiones y en la vida de los pueblos.

8. **La Resurrección es una llamada.** Cristo ha vencido la muerte y el mal, pero espera que esa victoria se haga visible en nosotros: en nuestras decisiones, en nuestra conversión, en nuestra manera de vivir. San Gregorio de Nisa enseña: “El que ha sido renovado por Cristo debe reflejar en su vida la novedad de la resurrección” (Homilía sobre la Pascua).

9. En la Vigilia Pascual vemos signos claros: **la luz del cirio rompe la oscuridad. Esa luz es Cristo. Pero esa luz se transmite de uno a otro. Así actúa Dios: no elimina la noche de golpe, sino que enciende luces en medio de ella.** Y cada uno de nosotros está llamado a ser una de esas luces. Somos portadores de la Luz de Cristo, para alumbrar a un mundo, muchas veces oscuro. Para llevarla a nuestra vida familiar, a nuestro ambiente de trabajo.

10. También recordamos hoy nuestro Bautismo. Allí comenzó para nosotros una vida nueva. “Fuimos sepultados con Él... para que también nosotros llevemos una vida nueva” (Rom 6,4). **La Resurrección no es sólo un hecho del pasado: es una vida que ya ha comenzado en nosotros.**

11. En esta noche santa, no podemos dejar de mirar a la Virgen María. Ella permaneció firme en la fe cuando todo parecía terminado. Mientras los discípulos dudaban y huían, María esperaba, guardando en su corazón la promesa de Dios. Ella es la mujer creyente que, en la oscuridad del Sábado Santo, confía en la victoria de su Hijo. **Y en este tiempo de gracia que vivimos, en el Año Mariano por el centenario de la coronación de la Virgen del Carmen, la reconocemos como Madre que acompaña la fe de su pueblo, sosteniéndonos en la esperanza y enseñándonos a esperar contra toda esperanza.**

12. Queridos hermanos y hermanas, en medio de un mundo herido, en medio de tensiones y conflictos, la Pascua nos da una certeza: Cristo vive, y su victoria es real. Pero esa victoria quiere pasar por nuestro corazón. Si acogemos su paz, si vivimos como hijos de la luz, entonces la Resurrección empieza a transformar el mundo.

13. Que salgamos de esta noche con una fe sencilla pero firme: Cristo ha resucitado, ha vencido el mal y la muerte, y nos llama a ser testigos de su paz de la esperanza en medio del mundo.

¡Feliz Pascua de resurrección a todos!

¡Que Cristo Reine en nuestros corazones y en el mundo entero!

+ **Monseñor Juan Ignacio González E.**
Obispo de San Bernardo